

1 pta.



**ALMANAQUE**  
DE  
**LA GRACIA**

**1924**

*ellón - xxiii*

UNO.—¡Qué bien bailarí yo con esta joven el paso del camello!

ELLA.—¡Otra vez! Mire, pollito, que con tanto paso del camello me está "jorobando"...

# La novela TEATRAL

publicará mañana domingo la  
farsa matrimonial en un acto

## El apuro de Pura

original de

**ANTONIO PASO**

30 cts.



—Y porque estás borracho y no sabes irte solo a casa, ¿te has tirado al agua?

—Sí, señor, de perdidos al río.

# La Novela Coria

publica hoy

**EL HOMBRE QUE SE  
AHOGO EN LA ARENA**

novela inédita, original de

**Pedro de Répide**

20 cts.

AGENTE EXCLUSIVO PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS.**  
9.<sup>a</sup> Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos Aires. 20 centavos.  
En el Interior del país ..... 25 centavos.

Prohibida la reproducción de texto y grabados.—No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.—No se abonan otros trabajos que los solicitados.

# EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

## La sogá del ahorcado

POR

**PONSON DU TERRAIL**

### NÚMEROS PUBLICADOS:

- Num. 1.—ALEJANDRO DUMAS.—Los mil y un tantasma
- » 2.—VICTOR HUGO.—Han de Islandia.
- » 3.—CARLOS DICKENS.—Los tiempos difíciles
- » 4.—F. DOSTOIEWSKI.—Crimen y castigo.
- » 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym
- » 6.—ENRIQUE SIENKIEWICZ.—¿Quo Vadis?
- » 7.—IVAN TURGUENEF.—Humo.
- » 8.—WALTER SCOTT.—El pirata.
- » 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut
- » 10.—HONORATO DE BALZAC.—La piel de zapa
- » 11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres
- » 12.—FENIMORE COOPER.—El último mohicano
- » 13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
- » 14.—WISEMAN.—Fabiola.
- » 15.—TOLSTOI.—Resurrección.
- » 16.—A. DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo I.)
- » 17.—A. DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo II.)
- » 18.—A. DUMAS.—Veinte años después (tomo I.)
- » 19.—A. DUMAS.—Veinte años después (tomo II.)
- » 20.—A. DUMAS.—Veinte años después (tomo III.)
- » 21.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
- » 22.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
- » 23.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
- » 24.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo IV.)
- » 25.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo V.)
- » 26.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo VI.)
- » 27.—CARLOS DICKENS.—El hijo de la Párrroquia.
- » 28.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo I.)
- » 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo II.)
- » 30.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo I.)
- » 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo II.)
- » 32.—VICTOR HUGO.—El noventa y tres.
- » 33.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo I.)
- » 34.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo II.)
- » 35.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo III.)
- » 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo IV.)
- » 37.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo I.)
- » 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo II.)
- » 39.—PONSON DU TERRAIL.—La sogá del ahorcado.

**132 PAGINAS**  
CUARENTA CÉNTIMOS

### SUMARIO

**RAMON GOMEZ DE LA SERNA:** Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre, El del hongo de siempre.—**RAMIREZ ANGEL:** La cinta.—**EMILIO CARRERE:** Arabescos.—**A. R. BONNAT:** En la ventanilla del despacho.—**JORGE COURTELINE:** Hortensia, acuéstate...—**lón, Mel, Linage, Tito, Hortelano, Garrido, Nuere, Reyes, Sergio.**

FUNDADOR: JOSE DE URQUIA

ADMINISTRACION: MADRID, CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8.008. — TELEFONO, 624.-J.—



—¡Hermoso cuadro! ¡Maravillosa obra de arte!  
—Y eso que lo está usted mirando al revés...

## LA CINTA

Como el perfume, como el diablo, nuestra gentil beligerante la mujer, tiene entre sus muchos aliados irresistibles, a uno insignificante, coquetón y entrometido: la cinta...

La cinta es casi toda la mujer. Juntas las encuentras, el hombre siempre, y aun en la misma mañana llena de rubores y de incendios en que alboreó el pecado original, seguramente tuvo nuestra atolondrada Abuela que idear algo parecido a una cinta para ceñirse a modo de delantal la inolvidable hoja de higuera.

Juntas las hallamos, bonitas, seductoras, confabuladas con sutil talento para nuestra perdición, que es nuestra gloria. En todas las fiestas, en todas las voluptuosidades de la mujer, la cinta pide, y se le concede, puesto de honor. Desde los cabellos que ciñe y sujeta, hasta los zapatos, cuyas galgas trenza y combina, la cinta ciñe a la mujer, la avalora, la complica, la arrulla, la hace sonreír y vencer un poco más, acreciendo y mejorando su

en ocasiones consejero y cómplice, sigue colaborando con ella... Una cinta ata el

venustidad... Es la cinta una sierpe enredadora, viborilla que alborota la castidad de la ropa blanca y la tiñe suavemente de perversidad, de malicia—, de humanidad, en suma. Se le permiten los alojamientos más perfumados y las tibiezas más inextinguibles. Conoce a la mujer de pies a cabeza—, lo que no significa que la conozca a fondo. El único sitio donde no logra acceso la cinta, porque alguna vez suele estar curioséandolo el hombre, es el corazón; pero existen mujeres, infinidad de mujeres, que dan la sensación de que lo llevan por dentro, chiquito y envuelto por fuera en cintas, como un estuche.

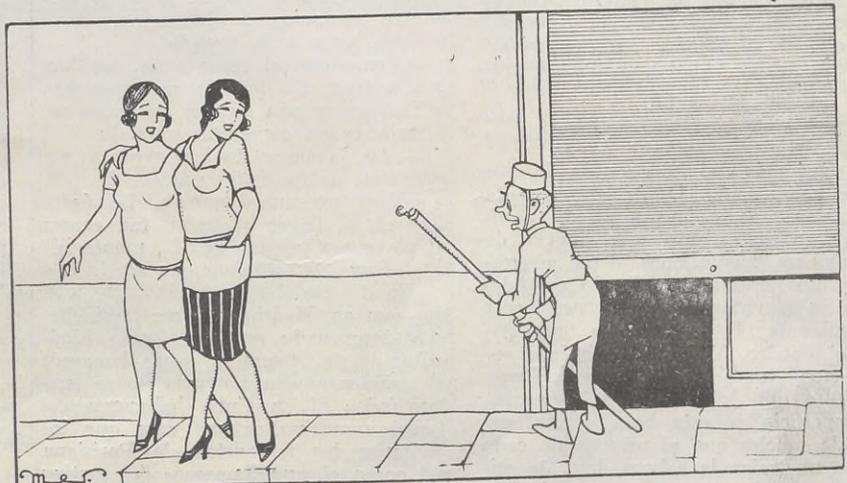
Alrededor de la mujer, este leal aliado, y

ramo de flores que manda o la envían; una cinta cruza el paquetito de cartas candentes que la pasión y la literatura fueron amontonando; una cinta tuvo el abanico, y la tiene el impertinente, y el bolsón, y la cajita de chucherías, y el frasco favorito, y tantas otras cosas más, diminutas, encantadoras, adorablemente triviales, terriblemente frívolas...

Lo íntimo y lo ostensible; la medalla de niña y el primer pantalón-enagua; lo que no se ve, y lo que ha de verse demasiado; lo que une, lo que espera, lo que custodia, lo que realza, lo que sostiene, lo que ampara, lo que atrae a los anhelantes nervios y lo que induce a la morosidad deleitosa... todo es cinta, en todo se inmiscuye la cinta, en todo media la intervención y el simbolismo de la cinta. El mismo hombre, más vanidoso que la mujer, no deja de sustraerse al influjo de la cintita, o del cintajo, y se coloca un honroso pedazo en la solapa, o se cuelga con ella un medallón sobre la charolada, pechera de docto y de consagrado.

Pero la cinta íntima, no oficial, retrechera y endemoniada, es, cada año con más soberanía, la mujer, y nada más que la mujer. Si se le quitase la cinta a la mujer, se quedaría sin corona. Se necesita, en la hora de la verdad, despojarla de otras muchas cosas, además de la cinta, para que entonces nos subyugue, libre de artificios y complicaciones, en su formidable simplicidad, como mujer...

E. Ramírez Angel



—Mira, ese es el hermano de la Petra.  
—¡Ja, ja! ¡Por eso decía ella que su hermano tenía mucho gancho!



LINAGE.

—Ya que vas al pueblo traime la hora exacta.  
 —Es que no tengo reloj.  
 —Anótala en un papel.

## ARABESCOS

He oído decir que viajar es cosa que ilustra mucho. Como todos los tópicos, me produce una irritabilidad irreprimible.

—Eso depende del viajero. Muchos señores trotatierras sólo han conseguido olvidar el idioma nativo—respondemos—. Esto se nota en muchos cronistas literarios.

—¿Va usted a sostener que es preferible no salir del rincón pueblerino?

—¡Qué más da! Es cuestión de ojos y de imaginación. Desde su retiro de Cambados, Valle Inclán puede escribir maravillosamente una novela de costumbres australianas. Una geografía y un periódico publicado en Adelaide le servirían de base para hacer el ambiente; la imaginación prestigiaría el cuadro. Viajeros auténticos conocemos, como el sabio arqueólogo Sindulfo del Arco, que han recorrido la superficie de esta bola, y nos sorprende mucho que al retorno de cada viaje, no traiga la cabeza llena de etiquetas pegadas, como hacen en las estaciones con los baules.

Sindulfo del Arco ha descubierto que los chinos comen arroz con unos

soportable que nos obliga a tragar polvo de carbonilla y a estar veinticuatro horas con otros viajeros, o durmiendo sobre el hombro de un señor desconocido o tolerando que la señora gorda de la izquierda nos haga víctimas de su pirosis. Lo ideal es el avión para los viajes largos. Ir en un mixto de Madrid a Lisboa, es hacer brillantes ejercicios de fakirismo.

—Ah, pero a la llegada...

—Siente uno el espanto de que hay que volver. Yo he ido recientemente a Portugal y una de mis modestas aspiraciones era oír cantar un fado.

—¡Ah, la tierra de las serenatas románticas, de los fados saudosos!

—Pues no hubo manera. Lo único que oí, al llegar al hotel, fué cantar al piano esa tabarra de "La montería."

*Hay que ver, hay que ver...*

¡Un día en el tren para oír lo mismo que en Madrid casi me había hecho desgraciado con esa forma hipócrita de la desgracia, que llamamos aburrimiento! En Portugal no se cantan fados ni en Cuba habaneras; el tango argentino es una cosa que inventaron las tanguistas de Parisiana así como el que llamamos "el castizo schotis" es un baile londinense.

—Pero no me negará que algo se aprende en los viajes.

—El viajero que tiene ojos y sensi-

bilidad, indudablemente. Para el señor que viaja con una maleta, es lo mismo. Los viajes tampoco resuelven nuestro problema sentimental. La interna inquietud, es más fuerte en el hombre nube que en el hombre árbol. ¿En qué consiste esa inquietud? Es algo inconcreto que nos hace aguardar todos los días, algo que no sabemos como se llama, el amor, la gloria, la fortuna... el anhelo de felicidad de todos los hombres a no ser los covachuelistas que no tienen más inquietud que el escalafón. Cuando vemos partir una nave o un ferrocarril, sentimos una honda melancolía por no ver los paisajes y los países por donde pasarán aquellas máquinas. ¿En qué puerto, en qué gran ciudad o en qué escondida aldehuela nos estará esperando lo que esperamos? El tren corre a la aventura, a lo nunca visto, a la Felicidad. Es la melancolía de los andenes: el árbol enamorado de la nube. Pero los hombres que han tratado por todo el mundo, que han pedido pan en francés, chuletas en italiano, patatas fritas en austriaco y dinero en todos los idiomas, piensan siempre que su ventura se ha quedado atrás, en una casa del mismo barrio de su ciudad natal o en los distritos del otro lado de la Puerta del Sol. ¡Han dado la vuelta a mundo cuando bastaba con tomar el tranvía número 23! Es la nube que piensa amorosamente en el árbol.

—Pero, por lo menos, reconocerá usted que han aprendido idiomas.

—Sí, señor; el tonto cosmopolita puede decir tonterías en diferentes idiomas. Aprender idiomas sirve para leer a Shakespeare, a Montaigne a Goethe y al Dante. Pero ¿usted cree que vale la pena de ir a Berlín para poder pedir, en alemán, una ración de salchichas de Franckfurt, en las "brasseries" de la plaza de Santa Ana?

Emilio Carrere



—Este cuadro cubista es mío, completamente mío. Yo soy hijo de mis obras.

—¡Entonces... es usted un cochino!  
 (De «Le Rire.»)

TIPOS EXTRAORDINARIOS

El del hongo de siempre

Hijo de la ciudad, conocía desde pequeño aquel caballero con el mismo hongo siempre, lloviese o hiciese sol, fuese verano o invierno.

Alguna vez le vi en el teatro sin hongo y pude apreciar una cabeza con una calva y una configuración digna del hongo. Se veía que forraba sus pensamientos como un cráneo parecido en negro a su cráneo blanco y pulido.

En la puerta interior de la iglesia, en ese portal hermético en que los que salen o entran creen que les ha perdido de vista Dios y los hombres, se ponía su hongo y le acariciaba la cocorota como si se acariciase su propio cráneo.

Cuando tenía que estar descubierto en el tramo de la archicofradía a que tenía la honra de pertenecer, se pasaba el tiempo acariciando el hongo, como quien se duerme en la suerte de acariciar la cabeza de un niño pequeño.

Se veía que la única satisfacción de aquel hombre era estar con su hongo, llevar su hongo de paseo, sentirle gravitar sobre sus ideas, como hermosa bóveda de su cabeza pelada.

Se veía que era desde siempre el mismo hongo. Solo le daba baños de café puro—el mejor café de Puerto Rico—y le variaba la cinta y la trenchilla del borde. Aquel tipo de melón ya no se construía en las sombrererías.

Tenía ya aquel hongo la configuración craneana de su propietario y por salientes, entrantes y otras ligeras deformaciones de su sombrero se podría calcular sus idiosincrasias. El gran lobanillo que tenía a la izquierda un poco hacia atrás su hongo, quería decir aplicándole las levas de Brocca, que tenía muy desarrollada la hipocresía.

Me llegó a ser irresistible aquel hongo obcecado, recalitrante, oscurantista en cuyo fondo se perrecha-



—¿Que significa la palabra patrimonio?  
 —Lo que se hereda del padre.  
 —Entonces ¿cómo se llama lo que se hereda de la madre?  
 —Eso será matrimonio.  
 ( e «Le Rire.»

ban todos los murciélagos del pensamiento y todas las ideas lechuzas como en las torres de los campanarios.

Le miraba iracundo cuando me lo encontraba y si iba en el tranvía, me sentaba detrás de él para trabajarle el cuello con las miradas berbiqueantes.

Nada. Ni se resentía siquiera. Su hongo le abroquelaba contra todo. En su hongo anidaba el fanatismo. Iba ensimismado debajo de su hongo. La muerte no le podría dar el tapón de gracia mientras tuviese aquel hongo.

No sentían sin duda sus ideas las alteraciones de los tiempos. Sin variar, encerrados en el doble cráneo o doble hongo de su caja cerebral y de su medio coco de fieltro. La inquietud

intelectual que a todo el mundo le acude—¡cómo atraviesa las sombras flexibles y sobre todo los sombreros de paja!—no le penetraba nunca.

Llegué a sentir un odio atroz por aquel hombre que bajaba un poco la cabeza para oponer a todo la testuz de su sombrero hongo, el invulnerable.

Esperaba que esa teja que siempre se espera que caiga, cayera sobre su hongo o por lo menos ese andamio cuyas cuerdas de pronto se aflojan y prorrumpe en una carcajada de tablas dada a la hilaridad de la caída. ¡Nada! El hombre del mismo sombrero hongo pasaba por delante de mí con su día antiguo dentro del dolicocefálico capacete. Iba defendido por su hongo como los aviadores resultan defendidos con sus formidables cascos de cuero, corcho y aluminio.

Una tarde ya no pude resistir más y le seguí por la ciudad. No se dió cuenta. Iba enfrascado en los recuerdos albergados en su sombrero hongo. Daba un tipo de otoño en los jardines de primavera. De vez en cuando movía un poco su hongo encasquetado y se llevaba la mano a él comprobando su rotunda convexidad, su abovedada maravilla perpetua.

Dió la vuelta al jardín público y después se encaminó a un teatro de esas cupletistas que dan aire al público con sus mantones de Manila y hacen cosquillas en las calvas y en las frentes con los largos flecos alegres que alargan su acción más allá de la séptima fila.

Pedí la butaca de al lado al señor del hongo.

—No puede ser—me dijeron en la taquilla—; ha tomado dos localidades, las últimas, junto al callejón.

—¿Para qué querrá dos butacas aquel hombre sórdido que iba siempre solo? Entré en la sala preguntándome, cuando le vi sentarse en la butaca que daba al pasillo y colocar su hongo en la butaca de al lado.

Aquel egoísmo y aquella torcida posición honguil me cegaron y haciéndome el distraído ¡paf! me senté en el hongo perséguido y hubo un momento ensañado y catapultesco en que lo anisioné contra el asiento, mañándole bien, moviéndome en el sentido de las manos de almirez cuando majan silenciosamente las especias.

—¡Ay! ¡Ay!—gritó con voz aguda y desesperada el hombre del hongo—. ¡Ay! ¡Ha matado mi hongo! ¡Asesino! ¡Ha matado mi hongo!

Se arremolinó la gente. Yo, con gesto inocente, le pedía perdón y le prometí comprarle otro. El no se conformaba y gritaba con los dientes agarratados:

—¡Asesino! ¡Ha matado mi hongo!

—¡Que lo echen! ¡Que lo echen!—gritaba el público. Y los acomodadores lo echaron a la calle donde se perdió gritando desesperado y lloriqueante:

—¡Han matado mi hongo! ¡Han matado mi hongo!

R. Gómez de la Jerna



—¿Dice “usté” que cuarenta caballos? Rediez... ¿y con esa agua “tié usté” bastante “pa tós”?



El lobo y las ovejas

Yo soy la leñadora

Diversión

Se rompe el hielo

Copas y copas

Jardin de invierno



Al amor... de la Lumbre



Pajaritas de las nieves



La corteza azul

El hado

El edredon

El catarro. Tilo



## ENERO

### EL MES EMPINADO

Enero tiene tipo de pueblo en la alta cumbre, de mes al que hay que subir.

Se divisa en lontananza una ciudad de difícil acceso con torres hostiles.

No hay más remedio que subir a la ciudad empinada en cuyas altas ventanas hay brujas que nos hacen burla poniéndose delante de las narices cinco manos en vez de las dos únicas a que tenían derecho.

¡Qué frío hace en la medioeval ciudad de Enero en cuyos pararrayos caen rayos de hielo!

En todos los balcones se ven las jaulitas de los termómetros que cantan el bajo cero.

El camino está helado y es propicio a las caídas, por más que todas las piedras de Enero están picadas por los picapedreros que tiene el Ayuntamiento destinados a realizar ese menester con los picos pesados que dejan su huella con sólo caer flojamente en la piedra.

Los cardos y cardillos de la helada bordean el camino que conduce

a Enero. La estación del nuevo año en que nos ha dejado el tren cae tan lejos de la ciudad que se necesita una larga caminata para llegar a ella. Enero por eso es quien más se parece a Toledo, sino que con muchos más innumerables peldaños hacia lo alto de la ciudad.

Pasan los automóviles de los ricos que escalan Enero con relativa facilidad, llegando tanto tiempo antes que nosotros a su meta que cuando nosotros llegamos parece que hemos descendido de un tren que venía muy retrasado.

Gran ciudad de señores feudales y usureros la de Enero. Todos sus moradores perennes están encastillados en sus puntiagudos palacios de piedra y los rastrillos están levantados. No hay medio de entrar en ninguna casa y pedir albergue o la limosna hidalga del préstamo de cien pesetas.

Hay que comer en las hosterías de Enero en que la ración es barata pero escasa, mezclándose a las patatas los hígados del mundo.

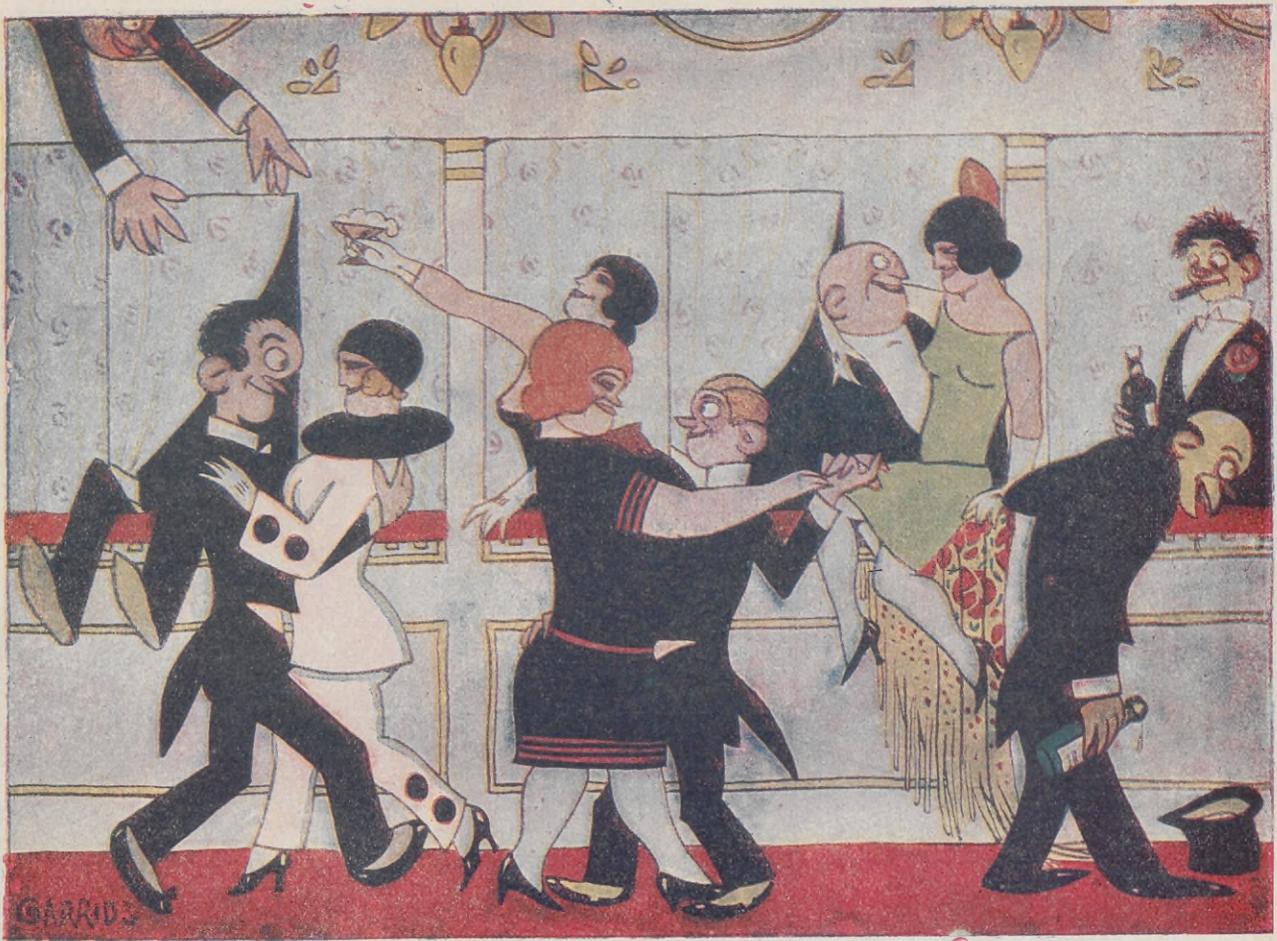
Lo único que alegra un poco la austeridad de Enero es la llegada de los Reyes Magos como con candilejas bajo sus barbas, airosos, altos jinetes siempre, con el armiño recién nevado adornando sus pesados capotes.

Los Reyes Magos suenan a golpe de ejército en la noche de Enero por cuyas calles pasan con todo su séquito dejando los juguetes en las porterías, pues ya ni los carteros ni los reyes suben a los altos pisos y en toda portería de la antigua ciudad de Enero—muy antigua y muy moderna—hay timbres para llamar a cada piso anunciando la llegada de los Reyes Magos que han depositado unos juguetes para los niños.

¡Qué de caballos de cartón llevan sobre sus camellos!

En las reposterías del cartón piedra han estado moldeando en pasta blanda los dos lados perfectamente iguales de los caballos de cartón.

Los Reyes Magos—qué mal hace Benavente en deshacer la ilusión con la notoriedad de su suplantación—dejan la ciudad empinada convertida en un bazar que se salió de madre.



## FEBRERO

### EL MES CON ANTIFAZ

Febrero se nos aparece con antifaz, todos los días con antifaz, aunque variando de unos en otros el color de su raso.

“Hoy es día de antifaz amarillo”—nos decimos en ese amanecer de un día jalde, lleno de celos infundados, con descocada juventud de máscara vestida de membrillera amarillez.

“Hoy, precioso día de antifaz azul”—nos decimos también ante ese día despejado, cerúleo, como hoja mal encuadrada y traspapelada en medio del almanaque (¡oh, aquel almanaque en que apareció Junio antes de Febrero! ¡Qué loco me dejó para el resto del año!)

“Hoy día de antifaz gris” y el día lluvioso justifica nuestra opinión.

Así aparecen los días con antifaces diferentes, repitiéndose mucho los de antifaz oscuro y lóbrego y los de antifaz violeta.

Así como en los demás días la hoja del día que ha muerto es el antifaz que quitamos al día que comienza,

en este es imposible arrancar el antifaz de cada día.

Febrero, contagiado por el Carnaval, es un mes de francachela en una especie de helado palacio de cristal con lindas luces mañaneras y tarde-cientes.

Una mujer desconocida nos espera en Febrero. Engañosa y frívola quería deshacer el sistema de nuestra vida. Desgarrada y engañosa como una máscara nos amenazará con tirarse a la sala desde el alto palco en que recogimos su pasión.

No comprende que no puede ser mujer para fuera de Febrero, que apareció como una máscara y tiene que quedar convertida en una máscara muerta.

La mujer de Febrero quiere sobreponerse a lo efímera que debe ser y no puede. Marzo mata esos amores de una pulmonía.

—Por ti falté por primera vez.

—¿Qué le vamos a hacer? Todo lo que suceda en el carnavalesco Febrero sucede como en una novela corta...

—¿Pero no te acuerdas de la felicidad de aquella noche?...

—¿Quién se acuerda de las botellas de champagne descorchadas? Es el mes del espumoso champagne cuyo saborcillo es menester estarlo buscando siempre para recordarlo siempre.

El mes de Febrero es un mes de misterio fácil, de infidelidad atrabancada, de calidad impar.

Ningún día de los otros meses se parece a ningún día de Febrero, con luces desabridas en un pequeño gabinete reservado, con aburrimiento desgarrador aun dentro de un Gran Kursal. Friolentos por como nos lo pasamos vestidos de frac como si ese fuese el pijama de Febrero. ¡Y es tan abierta la ventana de su pechera!

Febrero, barrido con los árboles de invierno con que barren los barrenos las calles, se queda sin esa especie de hojarasca con que fué tanizado por los días.

Ya todos—terror de algunos—nos hemos vuelto a conocer.



## MARZO

### EL MES DESABRIDO Y EMBACALADO

Marzo huele a bacalao. Recorre todos sus pasillos escapado a la cocina un olor a bacalao blando y resucitado.

Marzo tiene hasta un nombre espinoso, áspero, "crudele". Las zarzas del tiempo se vuelven más adustas durante él.

No nos es nada simpático. El mundo entero entra dentro de una catedral inmensa, por cuyas cúpulas de anchas linternas nos entra apenas una luz oblicua y penitente.

Marzo nos regaña todos los días sin piedad ni alafia. Tiene algo de mes de tránsito, ya cerca de la estación en que nos hemos de quedar. No deseamos sino llegar a Abril y todos los días de Marzo son como estaciones en la madrugada de nuestro viaje a Abril. ¡Qué luz más fea la de Marzo! ¡Qué heladas están esas casas de los guarda-agujas y de las estaciones!

Marzo no es agradable hasta que no se ven las torres de Abril, y se

siente el ruido de las plataformas de cuando el tren se aproxima a una grande y nueva estación.

Desde que llega Semana Santa, se consuela. Las mujeres comienzan a arreglar los encajes rotos de sus trajes negros—difícil labor—y poner trencilla nueva a su falda de majas negras.

Como esos árboles que en la florida primavera proyectan una sombra propicia y calada en el suelo de las avenidas, estas muchachas enmantilladas y de buen palmito poner una orfebresca sombra calada en los suelos lívidos del invierno, a los que sólo un momento sazonó el confetti de Carnaval y que después, barrido por el viento, se habían quedado más descoloridos que nunca.

"Vamos a pasar por la enramada de las mantillas" diríamos a un amigo.

El momento de Semana Santa es solemne como él solo y parece que todas las muchachas han salido a casarse al modo clásico de las bodas castizas, con mantilla y traje de seda negro. Todo a lo largo de las principales calles se sucede esa hilera de

novias encajadas, a muchas de las que se les ha escapado el novio o a última hora se han dado cuenta de que no lo tenían.

Todas las generaciones de mujeres propicias para la boda se han lanzado a celebrarla en la tarde significativa.

Como le decía a Valery Larbaud un francés amigo suyo: "El extranjero que llega por primera vez a España en ese día, se vuelve loco" y como añadía Valery: "es el día en que más se parecen las señoras a los abanicos de marfil y encaje negro que cuelgan de su cintura, y cada iglesia es un harén."

Marzo se hunde en los mares salados y fríos de donde vino, en los mares de Escocia; por eso Marzo es como "bacalao de Escocia".

Las bulas ya son casi inútiles y están como pasaportes o pases militares que han recibido ya numerosos sellos, más de los que podían recibir, y además ha habido que mostrarlos demasiado y llevarlos en el bolsillo demasiados días.

# MADRINAS DE GUERRA



**D**e Melilla recibimos cartas de algunos soldados, en las cuales nos suplican que su fortavoz seamos, y que madrinas de guerra en nombre de ellos pidamos.

Por servir a esos valientes haremos lo que podamos; y así como el movimiento dix que se demuestra andando, la campaña pro-madrinas desde hoy mismo comenzamos.

En Tírra-Ossa sin duda que pasareis malos ratos; no tendreis colchon de plumas ni mesa con veinte platos, pero teneis alegria, juventud y desenfado, y son vuestros corazones miel o kiel, según los casos. Seguid duros en la lucha y, como hasta aquí, triunfando por España, que madrinas a cientos han de sobraros.

Ignacio Chaumil, Guenchico, con sus galones de cabo, y Jacinto Vega, un héroe que, si hoy es solo soldado, a fuerza de matar moros llegará al generalato.

Los dos están en Kandussi y en Ceriñola están ambos, en la quinta del tercero, si no estoy mal informado.

Quiere madrinas de guerra y las tendrán al contacto; pues son muchas las lectoras que han de agasajarlos con cartas alentadoras, con excelentes cigarros, y hasta puede que les manden algun billete de Banco.

D. Cesar Pejo Suarez, Sebastian Rivera Castro: Caballeros Legionarios.

Lectoras: ahí va mi ruego en nombre de estos muchachos. Demostrad vuestra ternura los héroes amadrinando, y endulzad sus horas tristes con el delicioso bálsamo de nuestro amor, vuestro aliento y, si puede ser, con algo que reconforte sus cuerpos, aunque esto sea más prosaico.

Wed que en sus fieros machetes, nobles birrias de cartón, el honor de España llevar a su honor propio engarzado.

Ayudadles, que me consta los amais con amor santo, y sé que vuestro cariño os hace ver al mirarlos, en el sombrero de tela el chambergó de Cyrano, y en la gorra cuartelera copiaceter de Depanto.

Mendo Mendez



GARRIDO



NUERE



## ABRIL

### EL MES ENTREVERADO

¿Cómo es Abril? Nunca lo hemos sabido. Nos moriremos sin saberlo.

Si fuésemos crédulos y pretensiosos nos podríamos engañar creyendo que teníamos una idea de Abril por que tópicos abribeños los hay hasta hartarse.

Abril es un timador que viene disfrazado con guardapolvo, imagen que explicaré contando aquel sucedido que yo presencié, viendo entrar en casa a un oficial de marina, supuesto hijo de un antiguo amigo y que necesitaba cien pesetas sólo hasta llegar a su casa barcelonesa, cantidad que le hubiese prestado sino se le hubiese visto cubrir su traje de oficial de marina ¡con un guardapolvo!

Abril promete y no cumple, amenaza y no da, lanza sus refranes y casi todos abortan fallidos como cohetes con desgracia, esos cohetes que caen cabeza abajo en cuanto han sido lanzados cabeza arriba.

Abril tiene tipo de cínico y entra en liza con una flor en el ojal, una sola florecita burlona.

Yo tengo una camiseta más fuerte que la que suelo usar el resto del invierno para ponérmela en Abril, y mi paraguas de Abril es un paraguas de pescador.

Abril es el mes entreverado que engaña con su nombre simpático de timbre optimista, como el que sueña cuando estamos esperando al recién llegado deseado y los niños exclaman alborozados: "¡Ese es, papá!"

Abril es un mes con páginas alegres y páginas tristes, es el mes blanco y negro, el mes aceite y vinagre, el mes ajedrezado, el mes losangeado con losanges opacos y transparentes.

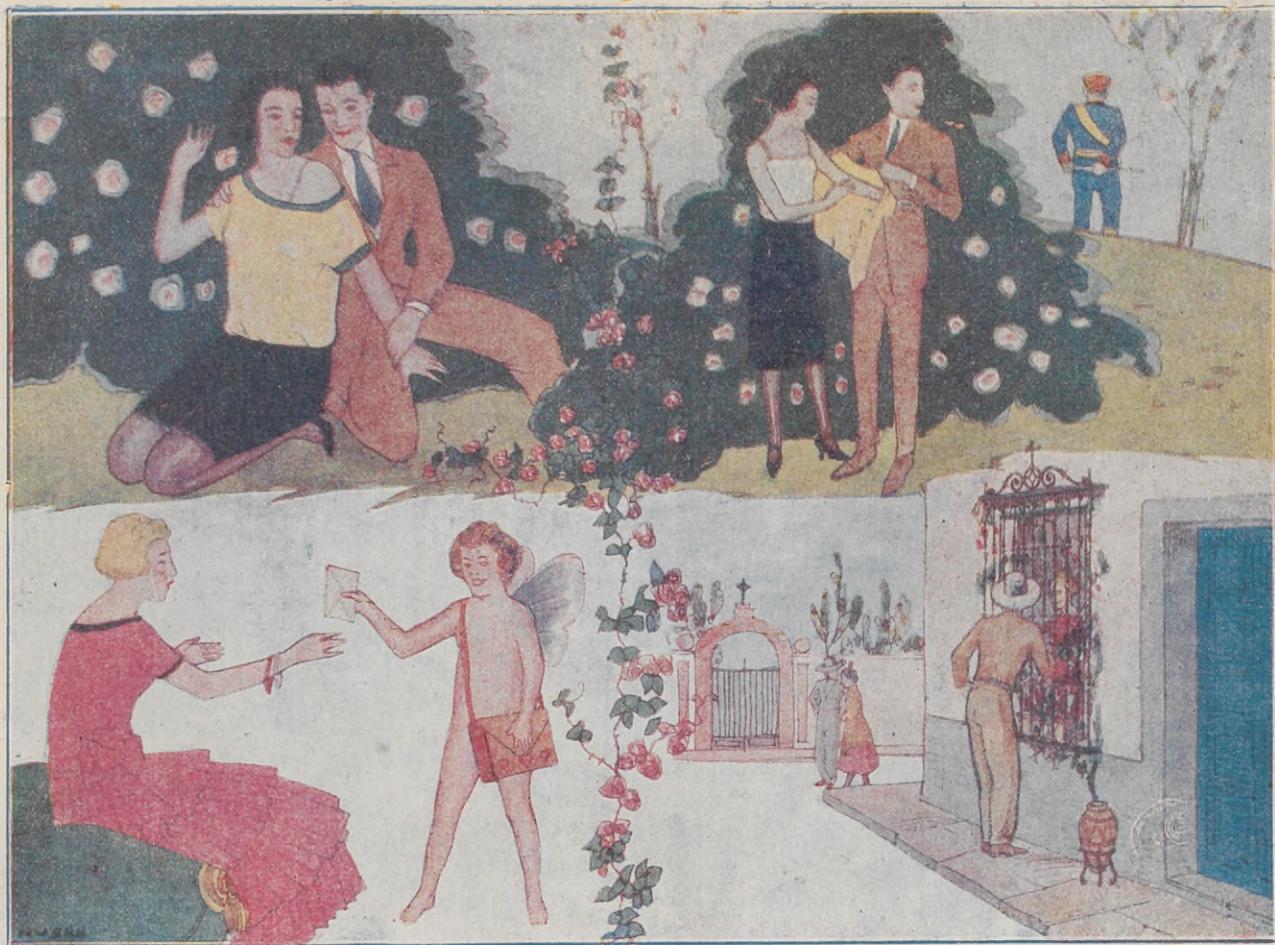
De todos modos el toreo se decide a inaugurarse en Abril y eso le convence un poco al mes desabrido, y en esas ferias crédulas que están fijadas en el almanaque para Abril, aparecen ya en su alto estrado como echando la llave al alguacilillo de Mayo las presidentas salerosas que tienen el rostro de las que se despiertan a una gran luz y a una gran espectáculo y que parecen debutar en el ancho palco presidencial, co-

mo silenciosas cupletistas de la actitud, como primeros premios de muchachas casaderas.

¡Pero qué lejano queda el palco presidencial! Siempre es ya un poco como fotografía de la fiesta. Sólo esos endiablados caballeros que se asoman detrás de las presidentas tienen la suerte de verlas de cerca y se les ve pasarse el espectáculo mirando sus nucas rompietas y buscando en ellas como el torero en el toro la cruz para sus miradas.

Abril se sacude y en él hay un bautizo de rumbo que llena de fiesta todas las calles, el bautizo de la infantil primavera, niña aún llorosa, dada a las grandes rabietas inacabables que parecen que van a acabar en el gesto mudo de las carátulas que lloran a perpetuidad.

El niño recién bautizado no podrá salir ya en algún tiempo de casa, esperará a estar más fuertecillo y a que la mamá se cure para escoger el día de Mayo en que entrever por primera vez la calle. El día del bautizo salía con los ojos cerrados.



## MAYO

### EL MES DEL MA- REO AMOROSO

Mayo entra en la plaza como uno de esos toros bravos que rasgan el capote de la espectación, que suena a rasgado de seda celeste; ¿no es que ha hecho un siete en el capote de paséo del cielo la rauda salida del toro?

Mayo... Los que escriben cartas sin fecha—¡qué reprendidos resultan por todos los que les subrayan lo de "recibí su carta sin fecha!"—escriben el título del mes y hasta el día durante el bendito mes de Mayo.

Para Mayo se han ido dejando todas las cosas y Mayo ha llegado. Ese es un conflicto para los que se sienten aún un poco convalecientes.

Mayo no llega hasta el diez o quince. Se hace esperar, se anuncia mucho, da un plantón a los que lo citan en los jardines, no asiste a las comidas que se le dan al aire libre en esa primera quincena.

Pero a lo mejor llega su día, el día seguro ya, el día en que se establece y en que como ese doctor cura-lo-todo que hace viajes por todos

sitios se anuncia en todos los periódicos.

Las correspondencias amorosas de los periódicos reverdecen y esa Anita que había estado callada y cataléptica desde el otoño vuelve a citar a su Amadís "donde siempre" y ese caballero que "vuelve a acordarse mucho de su Pili" es que también está atacado por el mes de Mayo.

En los jardines crecen las plantas de las cartas de declaración y todas las mentiras antiguas penden como verdaderas verdades, igual que las venenosas castañas de indias que tan bien imitan a las verdaderas castañas de verdad.

Todo se inaugura de nuevo y los templates son pintados a todo escape.

Los hombres embriagados por la nueva primavera tropiezan con los árboles, con las esquinas y con las opulentas morenas.

Los piropos antiguos sorprenden ya en los labios cuando ya no tienen remedio, cuando el que los lanza se siente un poco avergonzado de haber lanzado el más manido de todos.

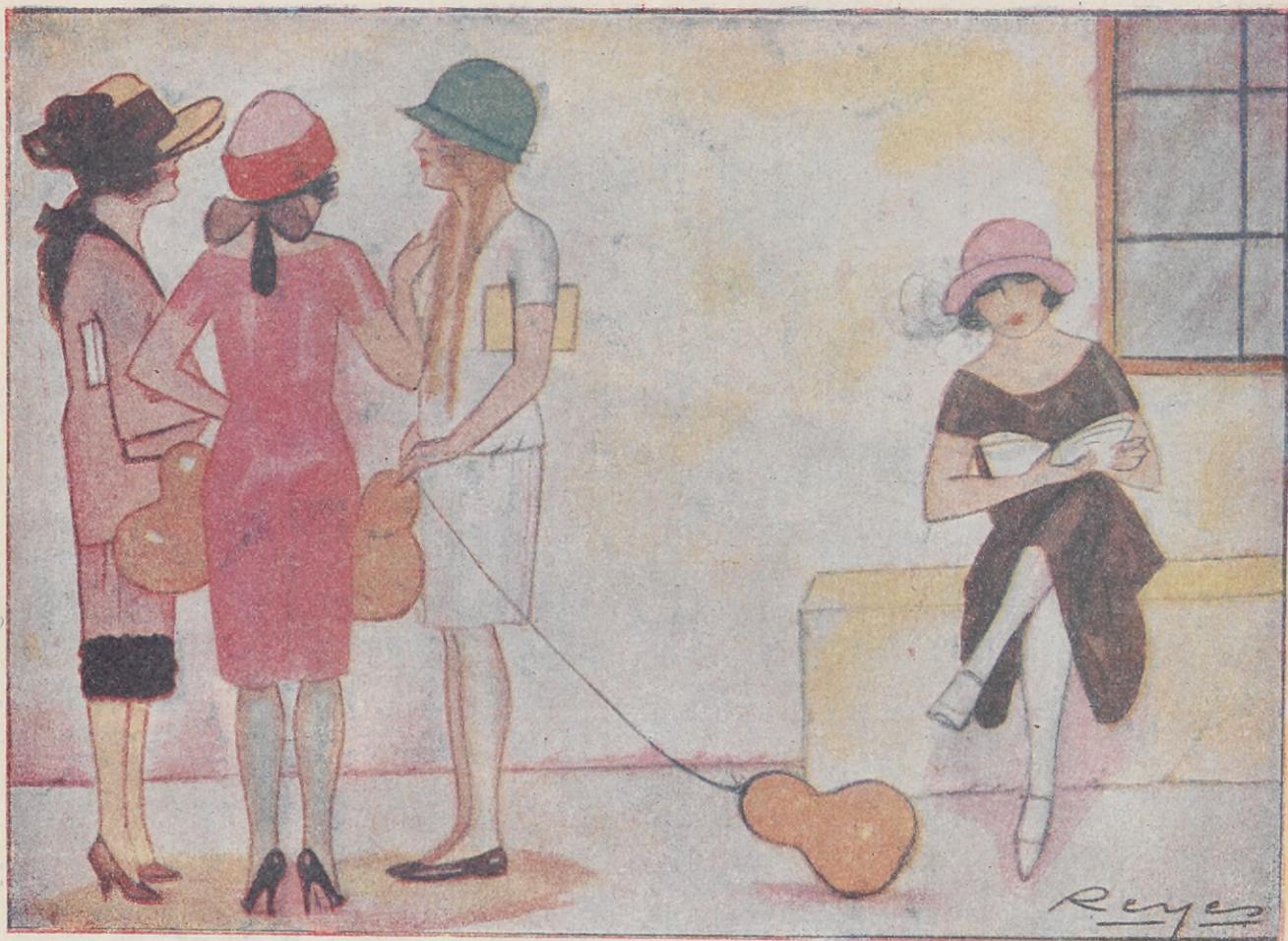
Los bancos públicos son ocupados por las nuevas parejas y en las esquinas hay sombras de dos, que parecen de uno solo.

Todos buscan a la desconocida y ellas también buscan al desconocido. Todo el aire está lleno de emisiones de la T. S. H. en que se piden auxilios amorosos, óleos dulcificadores del amor, correspondencia con los que con la mirada vaga atisban lo que ha de llegar.

Pero cuando se inaugura el baile de Mayo, la kermesse de Junio, es en los últimos días de Mayo, cuando el mes ha encontrado su plazóleta ideal y los músicos vestidos de azul de Mayo, su exclusiva banda municipal, comienzan a tocar las animadoras polkas y mazurcas que lanza Mayo como últimos rasgos de su inspiración.

Es movible esa fiesta de Mayo, ese día en que se vuelven bullangueras todas sus plazas y las desconocidas se emparejan con los desconocidos, poniendo entre mano y mano la aislación de un pañolito.

¡Si no pusiesen el pañolito aislador!



## JUNIO

### EL MES REDONDITO

Junio aparece con una faz bobalicona, honradota, saludable.

—¡Hola, Junio!—le decíamos al encontrarnos con él en la vieja calle Ancha de San Bernardo, la calle de la Universidad.

—Tú tan ingenuo como siempre—le decimos después de abrazarle.

Las mismas esperanzas, la misma incredulidad, la misma voluptuosidad por las peluquerías claras y llenas de los picotazos alegres de las tijeras.

Junio es como un estudiante que no acabase su carrera nunca, de esos estudiantes que se gastan el dinero de las matrículas cien, mil veces, y que sin embargo creen que se van a presentar a examen en cuanto llega este tiempo.

Están salvadas las calamidades y las gripes del invierno, luciéndose en la calle soleada las banderas de los toldos a rayas azules. “¡Vivan los primeros toldos!”—gritaríamos como quien lanza un optimista viva a la patria.

Junio es un mes recién afeitado, con cara muy satisfactoria, andares de paso doble.

—Qué simpático es Junio—nos dicen las muchachas que lo han visto pasar bajo sus balcones, y hay muchas novias de Junio que se pasan la tarde asomadas al balcón hablándole con palabras que caen verticales en su ojos.

Junio tiene una credulidad modesta, la más sensata credulidad humana. Casi no aspira a nada y cura sus malos recuerdos.

Se callejea mucho—¿para qué decir se rua?—encontrando lo hacia delante que se desarrollan las calles, lo francas que son, las casas leales que tienen.

Junio es el mes de subir a la fotografía para que nos hagan un retrato y para estar un momento cerca del Glorioso cielo de la luz de Junio.

Junio está lleno de proyectos campestres, descubriendo de nuevo los jardines que rodean la ciudad y los

barrios que caían detrás de la muralla del invierno.

Junio es el mes fiel, el mes equidistante, el mes de la tregua feliz, el mes en que se conocen mejor las cosas y todos estamos un poco en la simpática Venezuela.

Las estudiantas lo atormentan más que los estudiantes y están deseando que acaben de examinarse para hacerlas el amor.

Las estudiantas, con sus medias muy tirantes y con las lecciones apuntadas con sus pulseras de marfil ya que no tienen los socorridos puños duros de los estudiantes, azotan a los profesores al ponerse nerviosas y latigear con un gesto muy femenino las dos trenzas colganderas a ambos lados de su rostro.

Sufren las pobres, padecen al salir de su cuidado, sienten la pesadez inaudita de sus carteras atestadas de libros que llevan a la cadera con el gesto ancestral con que sus antepasadas llevaban el cántaro apoyado en la misma cornisa.

# EL AÑO

TEXTO y MONOS  
DE Mellón



# DE ELLAS & ELLOS

—¡Pero qué veo, Pepe! ¡Tú, tan hombre como has sido siempre, y ahora consientes que tu mujer se ponga los pantalones!



"Retoños primaverales"

EL.—¿Es de verdad que no me quieres? Chica, esa revelación me deja frío...



EL (?).—¡Ay! ¡Qué querrá decir esta mujer con que ya ve que los hay de playa!

ELLA.—Ya ves si somos embusteras las mujeres. ¡Ayer me decía la mujer de este que no era hombre de carrera!

## CUENTO

(Que puede suceder en cualquier época de el año)

El no hacía nada más que decir, que el matrimonio era una carga muy pesada. Un día se encontró a su mujer con un amigo... ¡¡¡vamos!!!



ELLA.—¿Que por qué lloro tanto? De pensar los malos ratos que pasaré cuando venga a llorar en tu sepultura.

¡Vds ya me entienden! Antes que tuviera tiempo de hablar su mujer le dijo:  
—Perdona maldito pero como para ti el matrimonio es una carga ¡he procurado buscar quien te ayude a llevarla...!

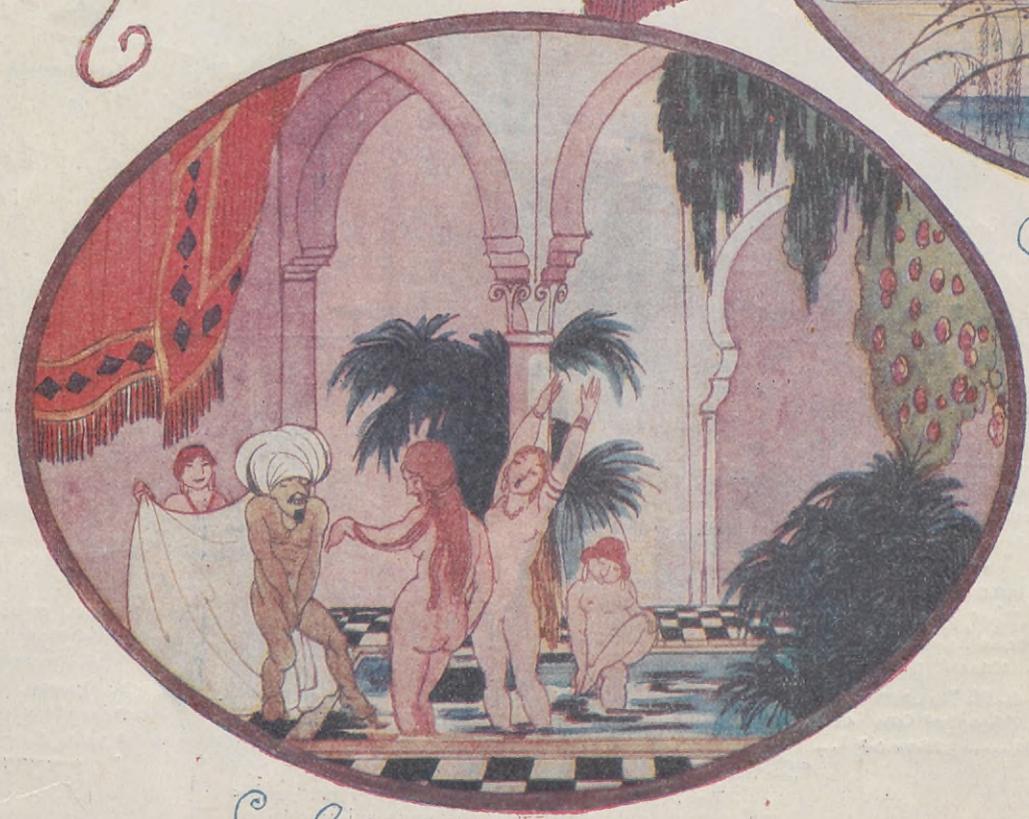


*El Verano*

S. VERCHER



*En China*



*En Arabia*



*En la Pampa*



## JULIO

### EL MES HUMANO Y EMPRENDEDOR

En Julio la vida está más seria. Cada cual es más cada cual. Se ha pasado esa adolescencia mofetuda y bullanguera de Junio y se ha calmado todo. Todo es más racional en Julio. Se ven más de bulto las cosas y se proporciona todo mejor.

—¡Hola, Julio!—le decimos al encontrárnosle en la calle, porque como Junio es mes de campechano contronazo.

—¿Vas a veranear? — se le pregunta también.

—¿Yo veranear? Yo no me muevo—dice Julio, que gasta un abanico de cinco céntimos que es como un periódico ilustrado que se llamase "El Abanico".

En Julio la perspectiva de las calles ya es más abrumadora, ya da un poquito más de miedo. Pasamos bajo las tiendas de campaña de los toldos encontrando mayor solaz, más sombrero aliciente.

Suenan los coches de ferrocarril y corren sobre las calles empedradas

de sol. Suenan a antiguas diligencias y los baúles hacen ejercicios de gimnasta barrista junto al balustre de la baca. Son los últimos coches con yantas de hierro que suenan a yantas de cremallera o a yantas con los tacones desiguales.

Las estaciones tienen largas colas de serpiente que quiere meterse a viva fuerza—¡cómo arrempujan las intenciones!—por el agujero de la taquilla.

Los mozos esperan a que se tome el billete como perros leales que han llevado el maletín entre dientes. Morderían y se quedarían con el pedazo amarrado en el mordisco, si alguien intentase aunque no fuera más que llevarse el portamantas con los paraguas y los bastones dentro, como si fuesen estoques que van así dispuestos para la corrida del veraneo.

Toda la gente que se confiese con el de la taquilla sale pitando con un duro sevillano y treintá y cinco céntimos que no sirven para nada; ¡fracción estúpida!

Hay un momento en que el de la puerta estrecha parece nuestro peor

enemigo, el que no nos va a dejar pasar ya, teniendo que sufrir el horrible suplicio de ver por encima de los cristales opacos cómo pasa el tren que se va y nos deja irremediablemente.

Pero para todo el mundo hay sitio, billete y tiempo porque el reloj de la estación es lento y sin desquiciarse con respecto a nuestros relojes, marcando de consuno con ellos, tiene mucho más tiempo y son más duraderos sus minutos.

Todos los viajeros de Julio son como pescadores que van a pescar el barbo y la ballena o como carreristas que van a presenciar frente al mar las carreras de los delfines.

Sus botijos fuera de las ventanillas de los vagones las dan tipo de ventanas veraniegas de la casa que viajan.

No hay despedidas en estos viajes. Se les deja ir a los viajeros solos, sin adioses, como egoístas que se van a divertir.

La parte triste en estos viajes, los que merecen los ¡adioses! de los pañuelos son los que quedan.



## AGOSTO

### EL MES AMARILLO Y AZUL

Ya en Agosto la paja está muy amarilla y el cielo muy azul, de añil reseco cuyo polvo inaprensible cae sobre las miradas intensas.

Todos somos panaderos del pan de nuestro día y nos es grato tener ese oficio durante un mes.

Eso los que nos quedamos cuando nos quedamos, que cuando nos vamos las playas rubias y desnudas nos sonríen en postura de majas coritas bajo un cielo azul cordial y vagamente humedecido por el mar, como el reborde engomado del sobre azul cuando se acaba de pasar por él la lengua.

Agosto tiene lumbre de campos ardientes que penetran en las ciudades vandálicamente. Es muy serio su nombre y tiene en sí el tipo calcinado de los campos abrasados.

Necesitaría Agosto que unos bomberos innumerables metiesen sus potentes mangas de riego en el mar caudaloso y regara todo el interior de la península. ¡Gran sueño de regadío! ¡Habría pasado por la mente de C. A.!

En vez de las excursiones hacia el mar que de nada compensan a la tierra convendría dotarla de un sistema de acequias para aprovechar ese desnivel de las altas mareas y regar toda la península con regatos más azules que los del agua dulce.

¡Qué bien encontrar una merluza fresca en Valladolid o unos percebes que no envenenen en la glorieta de Bilbao!

Agosto es un mes que compartimos con las playas y las eras. Un trigo que no es nuestro ni aún de nuestro tío y que sin embargo tiene carácter de ser de nuestra propiedad queda suelto y cernido en esas eras que vemos al volvernos de espaldas al mar. Son sus montones como acopios de eslaboncillos auríferos de numerosas cadenas truncas y molidas.

En la mirada al mar vemos la otra cosecha, la cosecha del pescado que nos ha de servir la cocinera todo el invierno y vemos veranear alegremente a todos los pescados, dedicados a unas especiales regatas veraniegas, los besugos con las gorras

blancas de los socios de los Clubs Náuticos.

La playa nos distrae más que la tierra—perdónenos la tierra—y vemos la revista de un gran teatro alegre que se celebra por la mañana y en cuyo escenario al aire libre—¡se necesita valentía!—todas las actrices parece que se meten de medio cuerpo para abajo en la concha del apuntador.

Artistas de la cuerda floja que no se atreven a subir a la maroma, sino que se agarran a ella, llevan inscrita la sombrilla de sus evoluciones en el traje a rayas que lucen.

Un cangrejo, para tener más perspectiva y ver mejor, se ha salido a la playa sobre la que se pasea con aire de veraneante.

Los niños se embarnizan en la arena como las cocineras embarnizan los filetes y la merluza que han de echar a la sartén.

Un señor viejo y tradicional cumple satisfecho con su antigua costumbre de sentarse con pantalón blanco y gorra japonesa en la butaca de lona de la playa.



## SEPTIEMBRE

### EL MES DE SALDO

Septiembre ha llegado. Nuestro paraguas se sacude como los perros antes de inaugurarse.

Los chanclos que están en el puerto del calzado, comienzan a removerse como si hubieran recibido telegrama del consignatario para zarpar inmediatamente.

En los caminos de las excursiones del veraneo se forman grandes charcos intransitables. Las ranas—pájaros sin alas—saltan sobre todas las aguas.

Los zapatos blancos se esconden en los escaparates del verano y el tendero sagaz, que no quiere tener su capital amortizado, saca un cartel en que pone: "Saldo por fin de temporada."

En la tienda de los sombreros de paja el hortera prestidigitador y mabarista los recoge todos y los va lanzando a las altas cajas reblandecidas.

Las gabardinas se pavonean como tobilleras presumidas y un poco echadas hacia adelante.

Todo el mundo capea el temporal con ánimo, aunque sospecha que puede ser un nuevo diluvio y que las aguas del cielo mezcladas a las del mar pegan el ojo sobre los pobres veraneantes cogiéndoles en medio, inundando las barquitas de sus hotelitos, cuyos nombres en estos días inundantes con que les sorprende Septiembre son nombres de barca, más que nombres de hotel.

Los veraneantes se vuelven. En el paisaje no hay más que sauces llorones y bañarse ya no se pueden bañar porque no hay médico que recomiende baño templado y ducha fría al mismo tiempo por muy hidromaniático que sea.

El viaje pasa entre cortinas de lluvias pertinaces con las que tropieza el tren retrasándose una hora y media lo menos. En todos los que se asoman a las ventanas del trayecto hay muchas lágrimas, todas las lágrimas que llueve el cielo.

Por fin llegan a la ciudad central que les aguardaba haciendo por contener sus señales de impaciencia.

Las carteleras de los teatros, con el engrudo fresco, cataplastimizan las paredes y ya les anuncian los debuts.

El recién llegado toma contacto con el Madrid de siempre retrepado en su butaca del primer día de teatro, volviendo a ver a los Chapis del techo y sintiéndose diputado por Apolo en la nueva legislatura, mientras en el escenario se celebra el mitin lírico de la sesión.

En el teatro se reconoce la vuelta, el estar de nuevo, el saludar a las gentes que no se conocen nunca y a los señores de los palcos que suelen ser provincianos venidos a Madrid en los vagones capitonés.

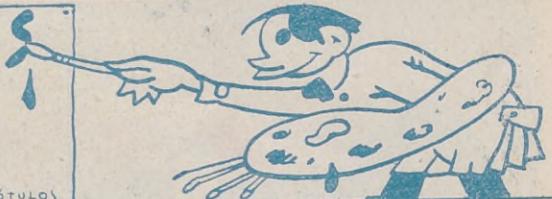
Es ese primer día de teatro septembrino como apertura de cortes para los veraneantes que han de jurar su cargo de espectadores.

A la salida de la primera sesión teatral de Septiembre ya se siente el que ha vuelto a su Madrid de escalofríos deliciosos, de paradas de tranvías familiares en que los que acaban de salir del teatro se reúnen de nuevo y son distribuidos como en una máquina clasificadora.

# LOS PINTAMONAS

MONADAS POR LINAGE. <sup>om</sup>

F. PEREZ-RÓTULOS.



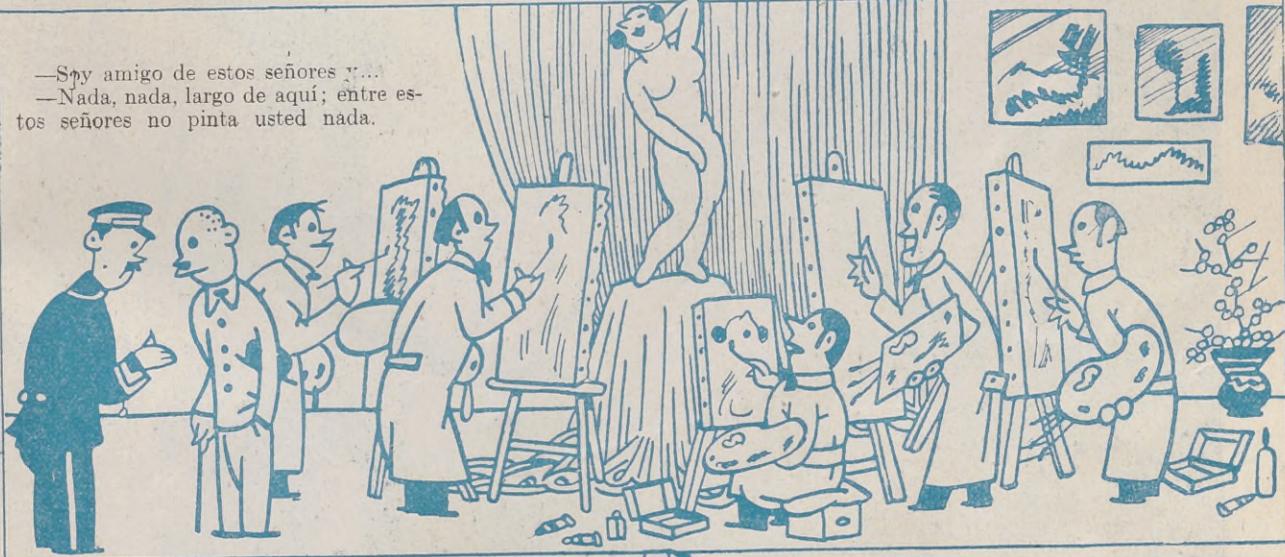
ELLA.—¡La verdad es que yo no sé porqué consiente usted al caricaturista que le llame pintamonas!



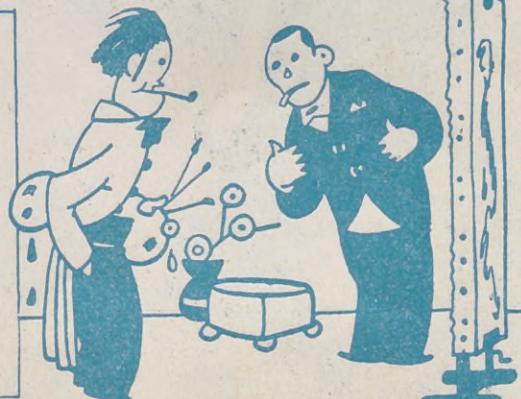
—¿Usted también se va a pintar?  
—¡Ch, no, señor Apeles, ya me he pintado!



—¿Soy amigo de estos señores y...  
—Nada, nada, largo de aquí; entre estos señores no pinta usted nada.



—Yo no veo que para pintar te dejes tanto pelo. ¿Por qué no te le cortas?  
—Ya ves, es una cosa que no habrá quien me quite de la cabeza.



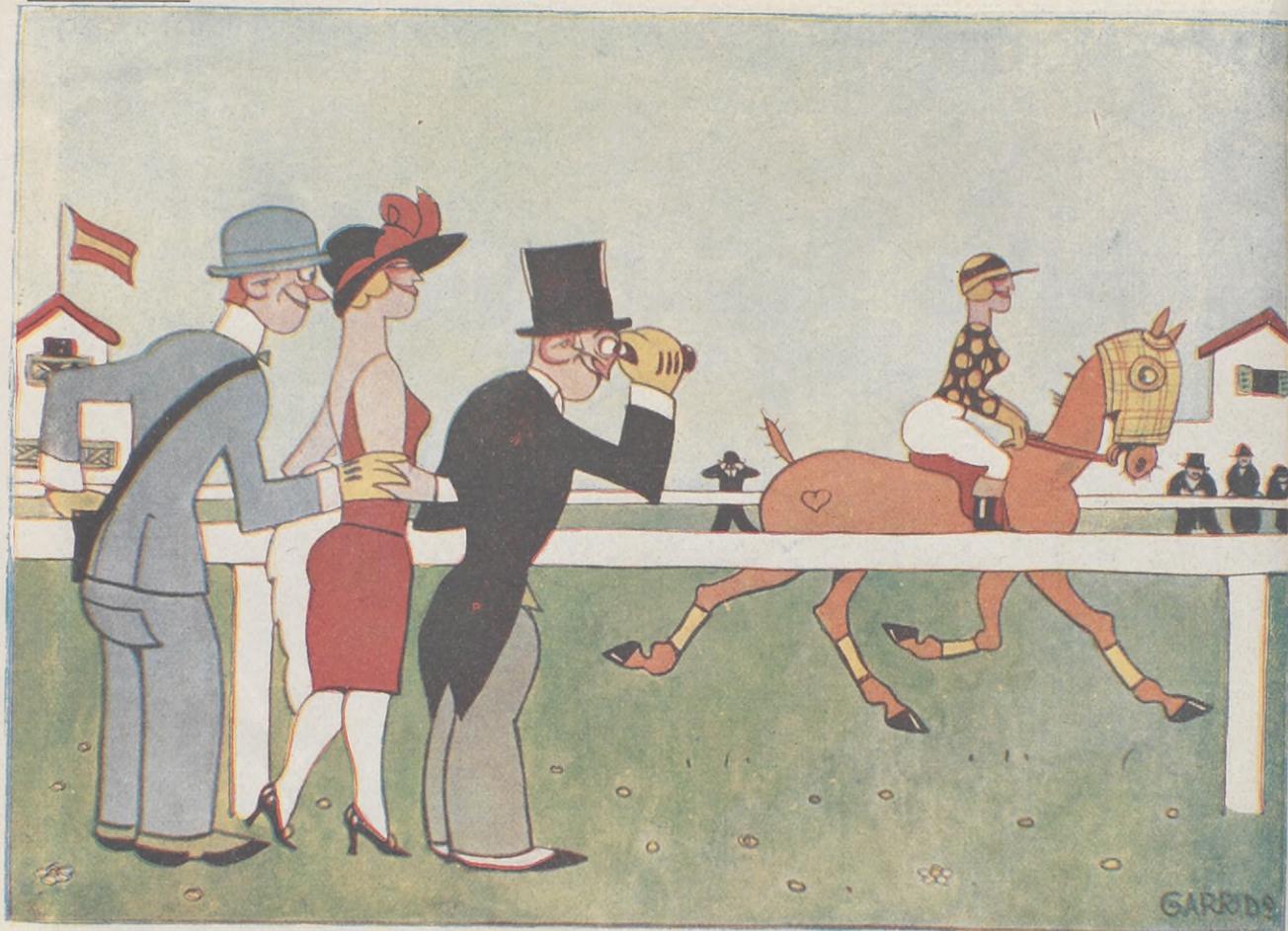
— ¡ Hombre, para hacer tipos raros se pinta usted solo!



—Le advierto a usted que yo veo así la Naturaleza.  
—La Naturaleza ¿de dónde? ¿De Yokohama?



COSAS DE OTOÑO, por LINAGE.



## OCTUBRE

### EL MES DE LA O

Lo que más se destaca en este mes, lo que le da tono de seria pronunciación es esa O por la que comienza su nombre.

—¡Oh! Ya hemos entrado en Octubre—dice el que ha visto la transición entre el mes de color mestizo y este mes ya con declarada oeridad.

Es este por lo tanto el mes de la O, letra rotunda que lleva bordada en su ropa interior.

El mes bonancible. Los paseos se abren de par en par. Se es elegante sin querer y se camina por los aristocráticos paseos con botines de hojas secas, preciosos botines del color ideal de que deben ser los botines.

Si supiésemos tenernos en un caballo montaríamos un gallardo alazán y le daríamos con la fusta otoñal que tiene en la punta un tirante de bota de elástico.

En las máquinas de pesarse se pesan las hojas caídas pero como no han echado diez céntimos no se mueve la aguja.

Con sus cuatro chicas vestidas de gris se pasea la Marquesa de Amaranto.

Los perros aristocráticos no saben aún si están en los pueblos de la costa o en Madrid. Ladran aún a las olas y confunden con los pájaros atontados y un poco sordos de la playa los pájaros listos y ágiles de la Castellana.

Hay carreras. Se anuncian en largas tiras de papel en que las letras ya parecen disputarse un premio en el apaisado hipódromo del cartel.

Todos los que van a las carreras van provistos de sus gemelos que parecen cantimploras o termos con un poco de leche caliente que tomar al atardecer. En las carreras sería una cosa deshonrosa querer alquilar unos gemelos a un acomodador. Todas las damas que estrenan traje en la tarde volverían la espalda al descamiado que mirase el espectáculo con sus gemelos alquilados.

Todos los alrededores de la pista están llenos de estatuas de carne sobre los pedestales de las sillas. Parece que una inundación de ratones

hubiera invadido el hipódromo y todas las señoritas quisieran salvarse de los innobles buscapiés. Pero les falta los dengues de esa escena, el ceñirse las faldas a las corvas—qué palabra más fea—señalando así la tozudez de la curva.

La última reunión al ire libre bajo una tarde que entrega su alma a Dios con solemne gesto, es la última tarde de Octubre.

Los hombres de sombrero de copa que parecen llevar su precio colgado de la solapa, se arrancan el medallón de cartón y lo rompen en pedacitos. Ya son los caballeros pulcros, "vendidos," mundanos, intachables del invierno.

Ya comienza la temporada que necesitaría una marquesina de cristales contra la lluvia, la ciudad que debía estar llena de pasajes, la ciudad ansiosa de soportales que no sólo no la conceden nunca, sino que la suprimen.

Octubre es un mes color barquillo que nos es grato volver a vivir. Cuanto más Octubre tengamos más profundos y enterados estaremos.



## NOVIEMBRE

### EL MES DEL PATINAJE

Noviembre comienza con el empeño de ser invernal pero muchas veces no lo consigue.

Las gabardinas ya tienen puestos los postizos de lana que tienen algo de fundas de respaldo de vagón.

En el presupuesto del mes pone "unos guantes." ¿Pero qué guantes? Por que hay los guantes sencillos, los guantes con un forro tosco, que dan a las manos tipo de conejillos de indias y los guantes cosidos a mano en los que todo es más noble aún dentro de cierta tosquedad y con el punto ancho.

Siempre el que se compra unos guantes saldrá arrepentido de haberse comprado unos guantes demasiado caros.

Los salvavidas de las coronas se cubren de flores y salen rodando para los cementerios.

En la noche del día de enflorar las tumbas hay un perfume de primavera en la ciudad ya pelada y reseca. Todas las coronas de los cementerios N. S. E. y O. forman una co-

rona enorme que encinta la ciudad.

Los coches simones cerrados parecen medios coches, retretillos flotantes para casos muy urgentes, para una clase de transeuntes parecida a esos que no se levantan nunca de un sillón. Se ve que los que salen de los estrechos simones salen como tullidos o imposibilitados.

La temporada de invierno quiere comenzar y como no hiela ni nieva se fuerza la máquina y en los grandes Kursales se hiela ya la pista y comienza el patinaje.

En el primer día de patinaje queda rubricado el invierno. Después son demasiadas firmas y rúbricas sobre el papel secante del eskating.

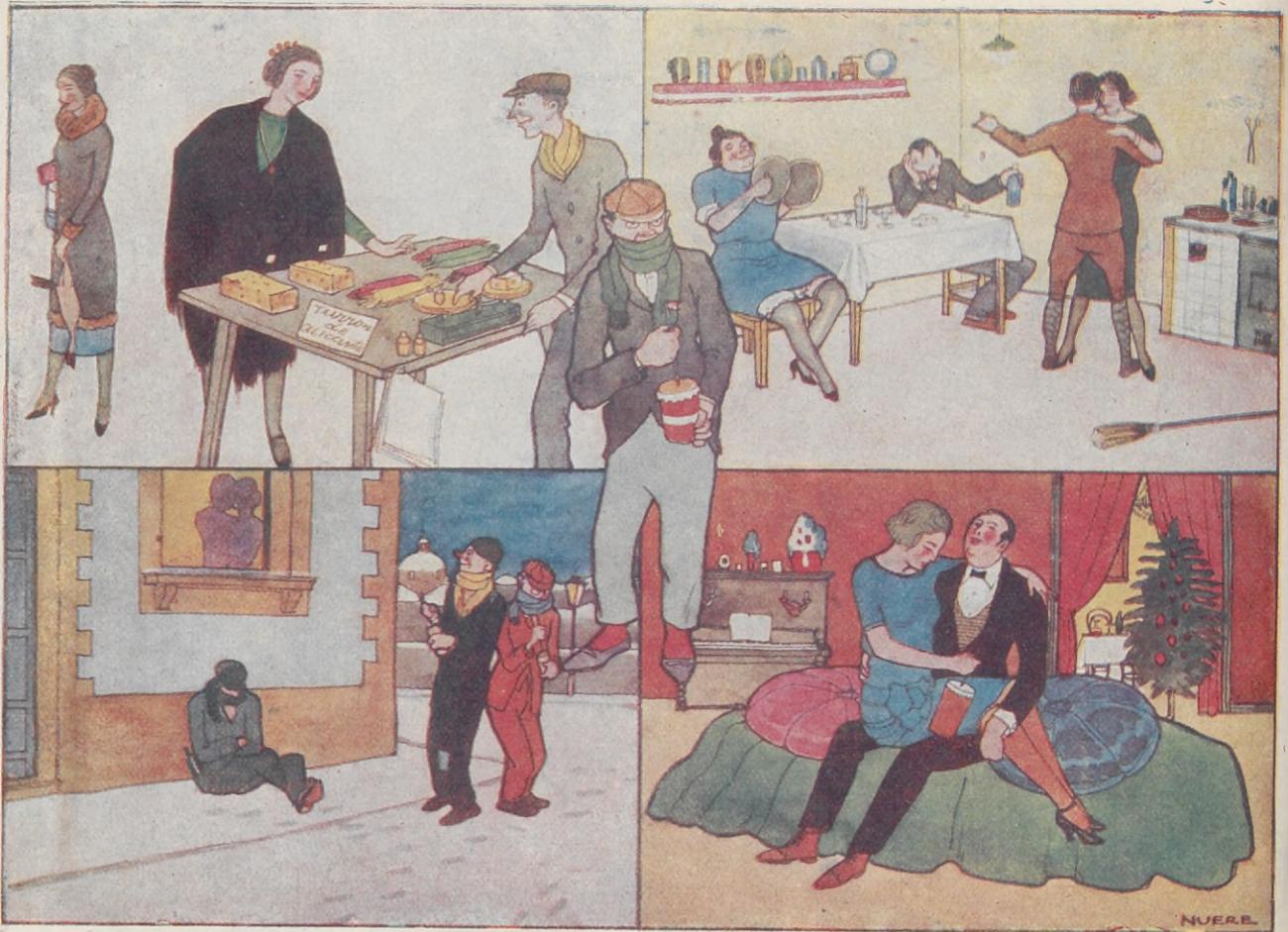
El invierno en conserva está en los grandes palacios de hielo y además de los que patinan hay unos hombres golosos que no patinan sino que se asoman al espectáculo de invierno, por que están desesperados por vivir el invierno ¡y pensar que les cuesta por lo menos cinco pesetas poder asomarse al invierno!

Esos seres extáticos que cruzan las piernas con más encanto que nun-

ca cuando ven a los demás perderlas en el corre que te cojo del patinaje, son los más interesantes de la sala de patinar, son los que no pierden ni un minuto la noción del espectáculo y corren con todos cojidos a las cinturas de todas.

El que está quieto y sentado junto a la balaustrada del estanque helado siente ganas de echar algo a los patinadores, una clase de miguitas en dulce que debía estar permitido poder echar.

Piensa también en lo maravilloso que sería, así como lo es el ser conducido a sus regiones acuáticas por la sirena, ser llevado hacia los países lejanos a que pueda llegar esa rauda carrera por la patinadora que se desliza en dos vuelos de su cadera. ¡Qué bello depositar en ella toda la confianza y ser conducido de su mano sin necesidad de saber patinar hasta límites inexplorables, quizás hasta el Palacio de Cristal mejor del mundo y más sorprendente, que es el que se levanta en medio del polo!



## DICIEMBRE

### EL MES DE LAS CENAS CALIENTES

Diciembre venerable se presenta con sus patillas de viejo chambelán y nos alarga en su bandeja de plata la primera hoja del mes, su tarjeta de presentación.

“¡Ya llegó Diciembre!” nos decimos gozosos, como en una agonía feliz.

La calle tiene tipo dicembrino, blanca como esos días en que aparece toda tendida de ropa blanca.

“Se ve que está viejo el año y que su pelo es blanco” nos decimos al asomarnos a los cristales delgados del día lívido.

La nieve nos ronda. La ciudad de montañas nevadas alrededor pone en su contorno el collarín de armiño de su nieve.

¡Quizás viene cojeando hacia nosotros ese cojo sin pies ni cabeza que es un jamón!

Algún aguinaldo, alguna sorpresa nos trae el mes de nombre largo como un ferrocarril que llega, o quizás ninguno, y entonces como cazador

que no ha cazado nada tendremos que comprar cualquier pieza en la plaza de abastos.

Diciembre avanza. Suenan los hierros de las chimeneas atizando el fuego.

Los besugos, en peregrinación mantada, vienen río arriba, para asistir a las cenas en que no puede faltar.

Los pavos caminan por las carreteras o por veredas por las que acortan mucho, dispuestos a llegar el día del sacrificio. Pasan un gran frío y no se atreven a hacer la rueda. Entran por fin con su regionalismo de barretina en la ciudad que se los ha de comer.

Las cenas que han de reponernos para todo el fuerte principio del año que entra se sirven en sus grandes soperas humeantes, con humo lleno de visiones, con humo en el que los pintores simbolistas podrían representar muchas evocaciones, nostalgias, recuerdos íntimos de los fantasmas familiares que presidieran las cenas de antaño. ¡Parece mentira que esas soperas triviales estén llenas de

tantas familiares damas con traje de cola!

El grupo de familia de la cena de Nochebuena se celebra con gran algazara. El general de la mesa trincha el pavo y sabe cuál es su caparazón, ese caparazón, esa perfecta coraza del ave que si en vez de llevarla debajo de la carne la llevara encima, sería invulnerable. ¡Qué lástima!

Los niños se emborrachan esa noche porque se beben las copas de las personas mayores que tienen al lado y se machaca la fiesta en los almireces durante toda la noche.

Los almanaques se nos han acabado como cuadernos viejos.

Tenemos por fin el soñado almanaque redondo y grande por cuyos ceros jugamos al aro o pasamos de un salto como suelen hacer los hombres de Circo.

El más grande de los folletines le sirve de ilustración literaria en el reverso.

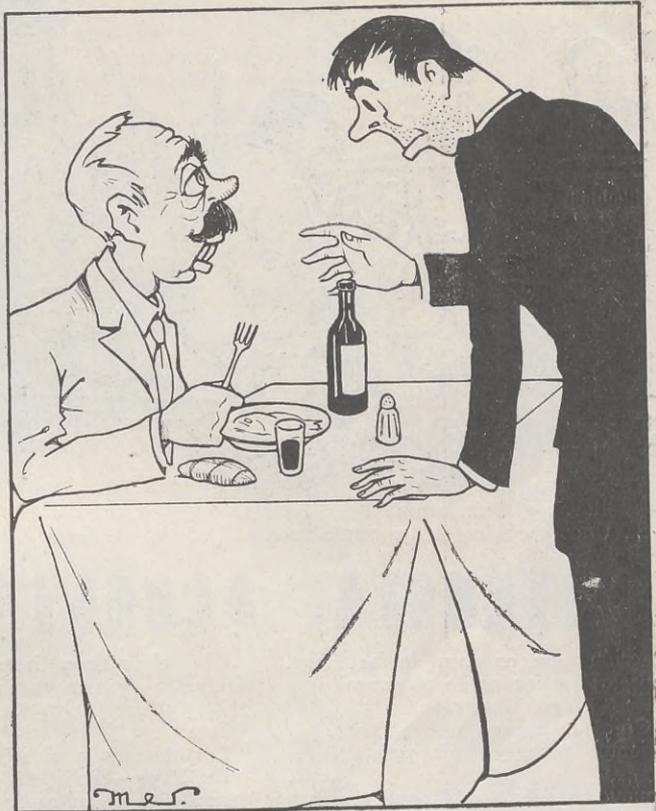
Muchos días—¡oh, ideal!—no podremos acabar de leer la hoja del día.

## En la ventanilla del despacho

—Buenos días.  
 —Muy buenos, ¿qué desea?  
 —¿Me hace el favor de decirme a cuanto son las butacas?  
 —A seis pesetas.  
 —¿Unas con otras?  
 —¿Qué dice?  
 —Quiero expresar si es el mismo precio tomando una que dos, que varias.  
 —¡Ah, naturalmente! Las localidades de un teatro no son como los paquetes de lana, que llevando tres se hace rebaja.  
 —Las butacas son las que están abajo, ¿verdad?  
 —Y las de arriba.  
 —¿Qué diferencia hay?  
 —Un piso.  
 —Ya, ya, me refería al precio.  
 —Dos pesos.  
 —Lo veré lo mismo, ¿no es eso?  
 —Depende de la vista de cada espectador; los que son cortos no ven abajo ni arriba.  
 —Tropezarán en todas partes.  
 —Me refiero a la función.  
 —¿Esta es bonita?  
 —Un éxito loco. Toda esa música que oye usted por las calles, en las pianolas y en los tes de moda, es de aquí.  
 —¿La hacen ustedes?  
 —Quiero decir que es de la obra que representamos.  
 —¿Usted también sale al escenario?  
 —Pero, hombre, es usted más detallista que un administrador de fincas. Es música de la obra que se representa actualmente en este teatro y para la que viene usted a comprar entradas.  
 —De modo que gustó mucho.  
 —Mucho.  
 —¿Qué argumento tiene?  
 —¡Caray! ¿Cómo quiere usted que le cuente eso?  
 —Pero, por lo menos, dígame si es de trajes.  
 —Según como se mire. De trajes los actores, pero las actrices con muy poquitos.  
 —Vamos, sí; ventilación lírica y raciones de vista desde la platea. Y, dígame, ¿dónde pescan ustedes a todas esas muchachas tan lindas que salen a escena?  
 —Las pescamos con anzuelo, como si estuvieran en el mar.  
 —¿Son más saladas!  
 —Ya le digo que como si estuviesen en el mar.  
 —Son todas buenas muchachas, ¿no es eso?  
 —Figúrese, si no lo fueran...  
 —¿No estarían aquí?

—No; estarían en la cárcel de su sexo.  
 —Claro, lo mismo que yo me figuraba. Y las obras, ¿cómo hacen las obras?  
 —Las de la Gran Vía, despacho; las que más adelantan son las del Metro.  
 —¿Calamburista también? Porque eso es un chiste. Cómo se conoce que está usted en un teatro de alegría y de reírse. Yo preguntaba por las obras teatrales, por el libreto, o, como dijéramos, por las tonterías esas que salen a decir en escena los cómicos.

—¡Ah, pues esas tonterías se las dice un señor que habrá usted visto metido en la concha.  
 —Sí, hombre; el apuntador, pero a él, ¿quién se las dice?  
 —Su señora antes de salir de casa.  
 —Todos los días no son las mismas, ¿verdad?  
 —Claro que no, depende del humor con que se han levantado de la cama y el alimento que han tenido a la hora del almuerzo. Cuando hay solomillo se les ocurren comedias frías, cuando son patatas guisadas, dramas policíacos.  
 —¿Y si tienen callos?  
 —Se compran una escofina.  
 —Será muy curioso un teatro por dentro.  
 —¿Curioso? Tanto como un espectador junto a la taquilla.  
 —¿Vienen algunos pesados?  
 —Unos pesados y otros sin pesar, pero hasta así comprendemos los que son de plomo, como usted...  
 —¿Qué dice? ¿Que yo?  
 —Digo que como usted puede comprender, en este sitio tenemos



—Camarero, este besugo no está fresco.  
 —Señorito, lo acabamos de sacar del hielo.  
 —Bueno; pues entonces será el hielo el que no está fresco.

que aguantar toda clase de chinchonías.  
 —Porque hay gente que no tiene la menor consideración. Yo no soy de esos, y como ya estoy enterado del precio de las entradas, me retiro.  
 —Pero, ¿no compra usted ninguna?  
 —No; yo jamás voy al teatro. Esto es para escribirse a un cuñado mío que está en Zamora, que quiere saberlo porque piensa venir dentro de poco a Madrid. Conque usted lo pase bien.  
 —Adiós. ¡Ah! Y si por casualidad fuese usted a buscar a su cuñado para acompañarle en su viaje, le agradecería que antes de ir, se pasase por aquí para informármelo.  
 —¿Para qué?  
 —Para leer aquellos días los periódicos y enterarme si descarrila el tren, porque crea usted que voy a hacer votos porque así suceda. ¡Reídez con el tío este!

A. R. Bonnat



—¿Y llevabas algún arma?  
—Sí. Unos cuchillos en los pantalones.

## HORTENSIA, ACUÉSTATE...

La acción pasa en casa de La Brige. La Brige; los mozos de mudanza; luego, Hortensia.

Coro de mozos de mudanza.

El tiempo pasa, y nada podría detenerlo.  
El nuevo inquilino está aquí y quiere el piso.

Comencemos por trasladar este cubo, este reloj y este armario de fluna.  
Sobre nuestras nucas y nuestras [paldas  
carguemos, camaradas, los pesados [fardos.

La Brige.—Un instante, os lo ruego, señores mozos de mudanza. Yo debo desalojar el cuarto, es verdad; pero ante todo es preciso que entregue al señor Saumatre, propietario de esta finca, el importe del trimestre vencido. Ahora bien, como no dispongo de los fondos necesarios para el cumplimiento de esta formalidad, he rogado al susodicho Saumatre que venga a entenderse conmigo para arreglar nuestra cuenta. No puede tardar, porque es cerca de mediodía. He aquí a Hortensia, mi esposa.

(Entra Hortensia, que se halla encinta de nueve meses.)

Coro de mozos de mudanza.

¡Cielos, qué espectáculo! ¡Oh, cuán [bella es!  
¡Qué adorable pudor! ¡Qué fuego en [sus pupilas!

(Aparte, maliciosos.)

La traviesa niña en su cajón oculta un polichinela...  
Finjamos no darnos cuenta de ello.

(Alto.)  
Sobre nuestras nucas y nuestras espaldas  
carguemos, camaradas, los pesados [fardos.

Hortensia. — (Saludando.) Buenos días. (A La Brige.) ¿No ha venido el propietario?

(En el mismo instante, el señor Saumatre aparece en la puerta.)

El señor Saumatre.—Heme aquí, señora.

Los mismos y el señor Saumatre.

La Brige.—(Solicito.) ¡A fe mía, es verdad! Es el señor Saumatre en persona. Señor Saumatre, soy vuestro más humilde servidor.

Hortensia.—Y yo vuestra más fiel servidora.

El señor Saumatre.—(Muy frío.) O doy las gracias. He aquí el recibo.

La Brige.—(Equivocándose.) ¡Ah, señor! ¡Una tal grandeza de alma!... Creed que no perderéis nada.

El señor Saumatre.—Permitid...

¿Tenéis los fondos?

La Brige.—No.

El señor Saumatre.—En ese caso... (Vuelve a meter el recibo en su bolsillo.)

La Brige.—(Desencantado.) Escuchad, señor Saumatre...

El señor Saumatre.—No tengo nada que escuchar, señor.

La Brige.—No obstante...

El señor Saumatre.—Os digo que no escucharé nada...

La Brige.—Una palabra, señor Saumatre, una sola... Hace cinco años que tengo el honor de ser vuestro inquilino. ¿No os he pagado siempre con una puntualidad digna de todo elogio?

El señor Saumatre.—No se trata del dinero que he recibido de vos ¡qué lejos estará si ha seguido corriendo!—sino del que debéis entregarme ahora.

La Brige.—No puedo entregaroslo, puesto que no lo tengo.

El señor Saumatre.—Retendré, pues, vuestros muebles. Estoy en mi derecho.

La Brige.—Mis intenciones, señor Saumatre, son no perjudicaros en un sólo céntimo. Soy el hombre más honrado de la tierra y nada podría decirme a no pagar lo que debo. Pero hoy me encuentro un poco apurado. Esto le sucede a todo el mundo. Hortensia, mi mujer, ha tenido un embarazo penoso, y he dado a los médicos los pocos duros que, uno a uno, había ido apartando para vos. ¡Vamos, señor Saumatre! No os finjáis peor de lo que sois. Dejadnos marchar, os lo suplico. Saldaré vuestra deuda el próximo lunes, antes de mediodía; espero dinero de mi familia, como atestigua esta carta.

El señor Saumatre.—¿Quién piensa en deteneros a la fuerza? Por el contrario espero que os marchéis.

La Brige.—Señor, yo no soy un bohemio. Quiero mudarme en condiciones decorosas. Ahora bien, la ley me da únicamente derecho a llevarme una cama, un par de sábanas y un jergón.

El señor Saumatre.—¿Un jergón? ¡Llevaos dos! Soy un hombre excelente.

La Brige.—Os debo doscientos francos, señor. Tengo aquí muebles que valen dos mil. Dejad que me lleve una parte.

El señor Saumatre.—No.

La Brige.—Sois duro.

El señor Saumatre.—¡Estoy en mi derecho!

La Brige.—Si queréis, señor Saumatre, os firmaré una letra pagadera el lunes por la mañana.

El señor Saumatre.—No acepto esa moneda.

La Brige.—¿Por qué? Vale tanto como la otra. Los muebles son siempre



—Vamos a ver, Luisito. De ocho a ocho, ¿cuántas van?

—Doce.

—Hombre, ¿por qué?

—Porque desde las ocho que me acuesto, a las ocho que me levanto, van doce horas justas.

muebles y los efectos son siempre efectos. Si la letra no es pagada a su vencimiento, podréis embargarme aquellos en mi nuevo domicilio.

*El señor Saumatre.*—¡Qué ilusiones se forjan sobre la condición del propietario!

*La Brige.*—Yo, no. Yo la considero muy penosa; sí, muy penosa, señor Saumatre.

*El señor Saumatre.*—Burlaos cuanto gustéis, pero desalojad el piso lo antes posible. Los nuevos inquilinos esperan que les dejéis libres las habitaciones.

Coro de mozos de mudanza  
(Con un comienzo de impaciencia.)

Nada de eso nos importa;  
basta de discursos superfluos.  
En este momento necesitamos metal  
con que consolar nuestros bolsillos vacíos.

*La Brige.*—Es muy justo. Mil perdones, señores, por haberos molestado para nada. ¿Qué os debo?

Coro de mozos de mudanza  
(Aplacados.)  
De nuestra frente cargada de enojo

dirijamos nuestros pasos hacia la taberna.  
Sobre nuestras nuca y nuestras espaldas  
carguemos, camaradas, los pesados faros.  
(Saludan, inclinándose hasta el suelo, y vanse.)

Los mismos, menos el Coro.

*La Brige.*—Así, pues, ¿os obstináis? ¿no queréis dejarme marchar? Os ofrezco de nuevo una letra y, para colmo de garantía, una parte de mi mobiliario, que representa cuatro o cinco veces el importe de nuestro crédito.

*El señor Saumatre.*—He sido escarmentado con frecuencia.

*La Brige.*—¿Exigís que mi esposa y yo nos mudemos como mendigos, con una manta, una sábana y un jergón?

*El señor Saumatre.*—(Finamente.)  
Dios, señor.

*La Brige.*—Está bien. ¡Hortensia, acuéstate!

*El señor Saumatre.*—¡Qué decís!

*La Brige.*—Digo, señor, que mi mujer está encinta y ha salido de cuenta y que la ley le concede nueve días para dar a luz; ¡Hortensia, acuéstate!

*El señor Saumatre.*—Pero...

*La Brige.*—  
¡Estoy en mi derecho! ¿Queréis decir a mi criada que vaya a buscar a la comadrona?

*El señor Saumatre.*—¿Conque decís que nueve días?... ¿Y mis nuevos inquilinos?

*La Brige.*—  
Irán a acostarse al hotel y os promoverán un pleito, que ganarán.

*El señor Saumatre.*—(Después de reflexionar.)  
¿Estais bien seguro de que la ley?...

*La Brige.*—  
¿Queréis ver el Código?

*El señor Saumatre.*—Si decís que estais seguro... ¡Caramba, caramba, caramba! (Benévolo)

Vaya, somos buenas personas y nos entenderemos.

*La Brige.*—Dejadnos marchar.

*El señor Saumatre.*—Marchar... (Se rasca el cráter de una pequeña verruga sobre la punta de la nariz.)  
¿Qué me dejaréis en cambio?

*La Brige.*—Nada absolutamente. Quiero llevármelo todo.

*El señor Saumatre.*—Sois poco amable.

*La Brige.*—Es posible. ¡Hortensia, acuéstate!

*El señor Saumatre.*—(Muy fastidiado.) Hortensia, acuéstate... Hortensia, acuéstate... Eso es fácil de decir.

*La Brige.*—No más que de hacer. Vedlo, pues.

(La obediente Hortensia, que acaba en efecto de despojarse del traje, afloja el cordón de sus enaguas, que muy pronto se deslizan suavemente a sus pies.)

*La Brige.*—(Con gran sencillez.) Los pantalones, Hortensia.

(Hortensia se quita los pantalones y aparece en un atavío de los más simples, vestida únicamente por sus medias y su camisa. Alza la sábana y se mete en el lecho.)

*La Brige.*—Ya está. (Tiende la mano al señor Saumatre a manera de despedida tácita.) Mi querido señor...

*El señor Saumatre.*—(Tras un corto silencio.) Entonces... ¿Me firmaréis, pues, una letra pagadera a las cuarenta y ocho horas?

*La Brige.*—No.

*El señor Saumatre.*—¿Cómo que no? ¡Es demasiado fuerte! ¿Por qué, entonces, me lo habéis ofrecido, si teníais intención de volveros sobre vuestra palabra?

*La Brige.*—¿Y por qué lo habéis rehusado, si ibais a volveros sobre vuestra decisión?

*El señor Saumatre.*—Permitid...

*La Brige.*—Permitid vos también. Yo era hace un instante un pobre diablo en la penuria, que, desolado de no poder saldar su deuda, invocaba humildemente, ofreciendo garantías, la buena voluntad de un semejante suyo. Me conducía como hombre dignísimo, celoso de su prestigio y del bien de los otros. La ley me aniquilaba con sus rayos. Al cabo, obligado a variar de sistema, me libro de vos, mi acreedor, con ayuda de un truco ingenioso. La ley se pone en seguida de mi parte, diciéndose: "¡Caramba, he aquí una buena jugarreta!" Encontraréis natural que yo me aproveche.

*El señor Saumatre.*—La ley... ¡Estoy harto de la ley!

*La Brige.*—Si creéis que sois el único...

*El señor Saumatre.*—(Decidiéndose al fin.)—Pues bien, guardaos vuestra letra y vuestros muebles, pero largaos cuanto antes y que no vuelva a oír hablar más de vos...

*La Brige.*—Perdón. Comenzad, pues, por devolverme el dinero que he dado hace un instante a los mozos de mudanza.

(El señor Saumatre lo hace así.)

*La Brige.*—Os doy las gracias. Ahora, seríais muy amable yendo en su busca. Apenas han vuelto la esquina de la calle. Puesto que el señor Saumatre y yo hemos llegado a un acuerdo, puedes levantarte, Hortensia.



—¿El señor desea hongos o setas?  
—Setas, setas...; los hongos, la verdad, no me entran...

alejad toda áspera idea;  
el mozo de mudanza tiene  
un alma desinteresada.

*La Brige.*—¡Queréis estas monedas por vuestro viaje?

Coro de mozos de mudanza  
(Entusiasmados.)

¡Oh cielos, qué generosidad!  
¡Nos ofrece toda una fortuna!  
Ahora bien, son las doce y veinte:

Jorge Courteline

